

PATRIMONIO Y CIUDAD

LAS PINTURAS SOBRE TABLA DE SAN FELIPE NERI

No es extraño, y la Historia es pródiga en ejemplos que lo certifican, que un descubrimiento o una acertada restauración posibiliten la revalorización de una obra o conjunto artístico que había permanecido hasta el momento sumido, en mayor o menor medida, en el desconocimiento o la minusvaloración. Éste es el caso de la magnífica serie de once tablas pintadas al óleo de la iglesia de San Felipe Neri, cuyas bondades, manifiestas tras la excelente restauración¹ a la que fue sometida, suscitaron la admiración de cuantos concurren a la exhibición que de la misma se hizo durante el mes de mayo en una de las Salas de Exposiciones del Palacio Episcopal. De tales circunstancias se extrajo un tenue acercamiento de la ciudadanía malagueña a una parte muy importante de su patrimonio histórico y cultural, que dormitaba en las lejanas superficies de los muros altos de una iglesia, oscurecido por el negro velo de la desatención.

Sin embargo, concluidas las tareas integrantes del proceso de rehabilitación, el futuro de este conjunto se antoja incierto. Las pretensiones de la parroquia, concretadas en torno al regreso de las pinturas a su ubicación precedente -que no original-, han topado con la desaprobación de diversos colectivos locales -a los que desde estas páginas nos sumamos-, que reclaman la habilitación de un espacio museográficamente adecuado para público y óptimo disfrute de las mismas. Su magnífica calidad, por la que acreditan su derecho a una posición de singular relevancia en el grueso del patrimonio artístico malagueño, certifica de hecho la necesidad de crear este espacio propio, que posibilitaría el disfrute del conjunto por parte de una ciudadanía prácticamente huérfana de referentes culturales sobre los que asentar una identidad cada vez más difusa.

Las once tablas que lo componen, pintadas al óleo e inscritas en lujosos marcos barrocos de madera dorada, contemplan la existencia de un apostolado -del que tres figuras se han perdido- enriquecido por las imágenes de Jesucristo y María. A la capilla filipense arribaron todas ellas hacia la mediación del siglo XVIII, procedentes de las magníficas colecciones artísticas de los condes de Buenavista, en cuyos inventarios de bienes se abunda en la autoría italiana de la obra, refrendada por la propia morfología de su lenguaje pictórico.

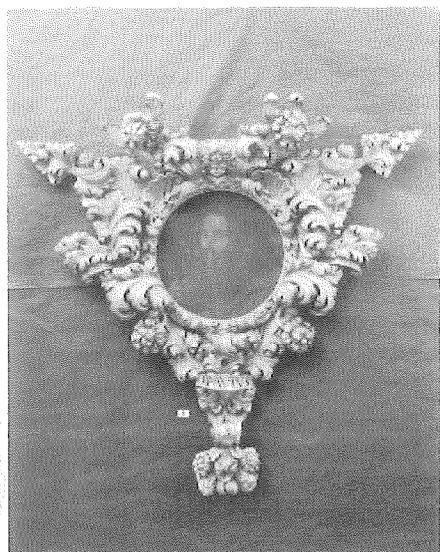


La escasez de atribuciones a pintores concretos no impide de hecho la valoración italianizante del inventario de las colecciones pictóricas de José Francisco Guerrero Chavarino, primer conde de Buenavista, efectuado a su muerte en Madrid en 1699. En el mismo, se atribuyen las “trece pinturas en tabla del apostolado, la una de nuestro señor” a la magistral mano del pintor italiano Guido [Reni] (“originales de Guido” reza aquél), que el profesor Rafael Sánchez-Lafuente ha identificado con el maestro boloñés. La tasación que de la serie se efectuó en un postrero documento de la familia Guerrero (1741), a la altura alcanzada por la obra de otros grandes maestros italianos del Barroco, reafirma esta hipotética autoría, aunque el propio Sánchez-Lafuente señala la imposibilidad de situar bajo una sola mano a todo el conjunto².

La pincelada decididamente naturalista, aunque surtida de una suave expresividad, caracteriza a la mayoría de las medias figuras de la

serie filipense, cuyos rostros acusan una madurez que ha caducado la piel, surcada por las arrugas magistralmente insinuadas mediante una serie de hendeduras marcadas con el extremo del pincel. Los efectos táctiles y de relieve, acrecentados por el uso de densos empastes, trascienden a las telas, cabellos y objetos varios, en cuyas cualidades sensibles se recrea el pintor. Además, una serena dignidad, expresa en la gravedad de los ademanes faciales, inunda a los tipos humanos, desbordados por la espiritualidad mística que manifiestan la teatral elevación de las miradas y el suave entreabrir de las bocas. En todos ellos reconocemos los modos característicos del pintor boloñés³, cuyas series completas de santos y apóstoles presentan más que evidentes parentescos con la filipense, sin menoscabo todo ello de la posibilidad de situar bajo la mano de alguno de sus numerosos y cualitativos discípulos a nuestro conjunto. Entendemos en este punto que la valoración de las excelencias de este último ha de permanecer ajena a las disquisiciones sobre su autoría y que, en cualquier caso, pertenece a un avezado maestro del Barroco, presumiblemente italiano.

Sin embargo, del inventario de 1699 y de la posterior tasación de las obras, así como de la observación directa del conjunto, se extrae que María, cuya valoración es sensiblemente inferior al resto, responde a una autoría diversa e, incluso nos atreveríamos a afirmar, a un momento anterior. El análisis físico-químico de las muestras extraídas de este óleo, donde se localizan materiales inexistentes en los demás, parece avalar la disímil condición de una obra próxima a los presupuestos formales del tardomanierismo boloñés.



A los mismos presupuestos parecen responder las figuras de Jesucristo y del apóstol san Juan, aunque el citado inventario las cite como originales reninianos.

Sea como fuere, las doce tablas del apostolado y la imagen de Jesucristo fueron tasadas en 30.000 reales -la tabla de la Virgen no superó los 300-, dos años después de su donación (1739) a la Congregación de San Felipe Neri, efectuada por el segundo conde de Buenavista, Antonio Guerrero y Zapata. La capilla aneja a la casa-palacio de los condes en la calle Gaona fue también comprendida en una donación en la que, incomprensible y gratuitamente, las pinturas fueron atribuidas a la "mano del antiguo y celebrado pintor Tiziano". En aquel templo han permanecido hasta nuestros días, insertas en unos aparatosos marcos decorativos que las mutilaron en forma de ochavo (su forma

original era cuadrangular). La manifiesta inaccesibilidad de su ubicación, siendo ésta las pechinas del octógono cupulado de la iglesia y su arco toral, y las necesidades derivadas de sus problemas de conservación recomiendan, insistimos, la habilitación de un espacio expositivo propio.

Las alternativas son muchas y variadas y en ningún caso comprometen el celo lógico de la parroquia por el mantenimiento de la integridad del conjunto. Cualquiera de las dependencias anejas a la propia iglesia de San Felipe Neri podría acondicionarse hasta reunir todas aquellas condiciones museográficas que redundasen en favor de la óptima conservación de las piezas y de su visualización por parte del público. Mientras, unas copias podrían sustituir a los originales en su ubicación precedente. Este espacio vendría a cubrir parcialmente las graves carencias actuales de nuestra ciudad en materia museística, favoreciendo sensiblemente su oferta cultural. En su gestión no creemos que faltasen las ayudas económicas y materiales procedentes de las autoridades competentes (la Junta de Andalucía ya mostró su disponibilidad al sufragar la restauración de las pinturas), aunque somos conscientes que éste es un tema particularmente espinoso. A pesar, pues, de las dificultades implícitas, avocamos desde aquí al sentido cívico de todas las partes y animamos a la concreción de lugar tan deseado.

Igor Vera Vallejo

NOTAS

- ¹ Sobre la restauración de las tablas de San Felipe Neri, financiada por la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, ver su memoria en FUENTES OLMO, F. y RUANO GARRIDO, F., "La restauración", *Catálogo de la Exposición Las pinturas sobre tabla de la iglesia de San Felipe Neri* (mayo 2002), Málaga, Junta de Andalucía y Universidad de Málaga, 2002, pp. 5-10.
- ² SANCHEZ-LAFUENTE GÉMAR, R., "Estudio histórico-artístico", *op. cit.*, pp. 1-4.
- ³ VALDIVIESO, E., "Barroco y Rococó: la pintura", *La Edad Moderna. Historia del Arte*, vol. 3, Madrid, Alianza Editorial, 1997, pp. 215-266.